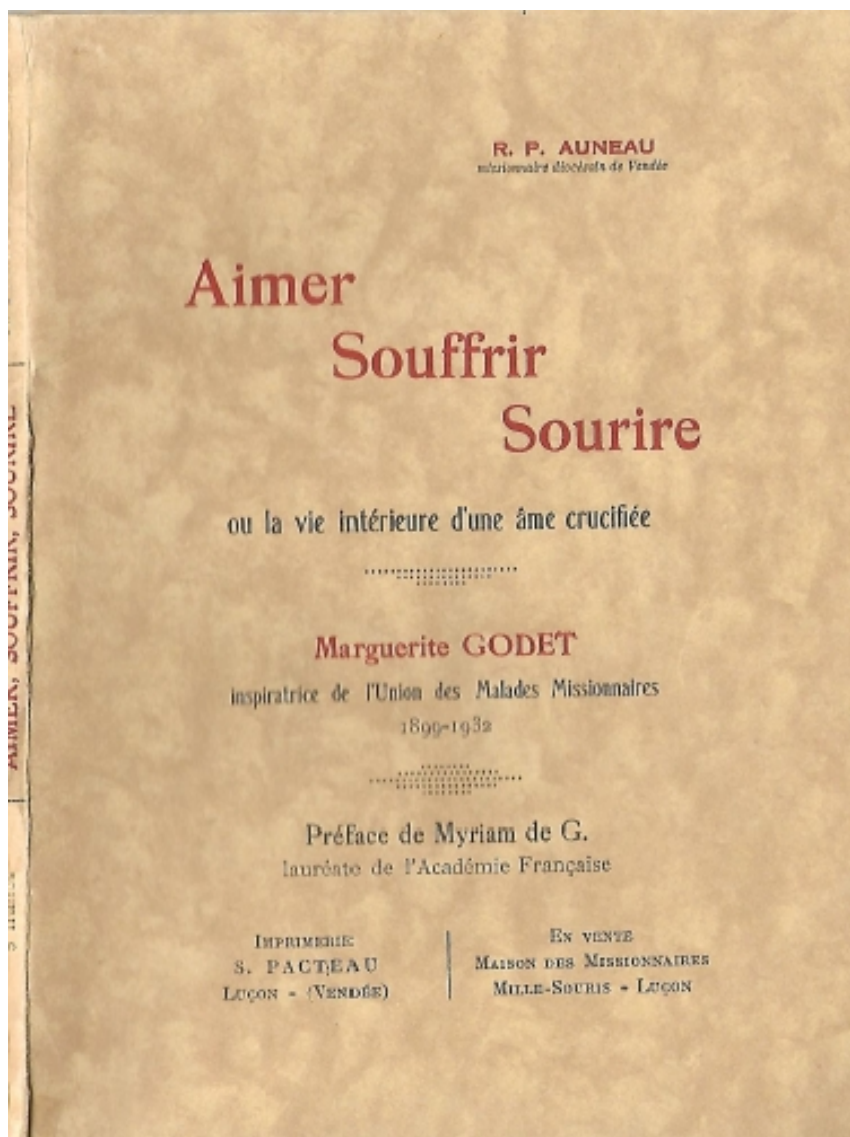




AMAR. SUFRIR. SONREIR.

Tres palabras parecen resumir toda la vida del alma de Marguerite, formando este bonito tríptico. AMAR. SUFRIR. SONREIR.

Amar. Sufrir. Sonreír. La vida interior de un alma crucificada. Marguerite Godet. 1899 – 1932. Traducido por la Delegación Episcopal de Misiones de Madrid en febrero de 2021.

AMAR

Aprende a amar, y no lamentarse de sí misma. Se va fraguando en su vida una manera de ser apóstol, va intuyendo el sentido más profundo de la oración y además el sacrificio de su propia vida por los demás.

Es en la soledad de su pequeña habitación donde ella aprende esta ciencia del amor. Humilde hija campesina, sin título oficial de estudios, leyendo mucho, meditando más aún, rezando muy a menudo sin fórmulas convencionales, que por otra parte a ella no le gustaban, “mantenía el contacto con Cristo” de corazón a corazón muy a menudo renovado y prolongado.

En esta atmósfera de paz y soledad, Jesús estará a gusto modelando el alma de aquella para la que ha preparado una tienda en el Calvario. Le enseñará a hacer de su vida un largo acto de amor.

I. El amor de Marguerite por Jesús

La génesis de este amor sería fácil de describir. Como el de todas aquellas almas que se enamoraron locamente del Buen Maestro, empezó con una seria reflexión. Y, con la ayuda de la gracia, Marguerite se separó del mundo. Podéis imaginar como ella comprendía y vivía el lema de Teresa de Lisieux: *“Sólo hay una cosa que hacer aquí abajo: ¡amar a Jesús!”*.

Este amor ferviente se encuentra en algunas de las cartas que nos han llegado, Marguerite tenía una correspondencia voluminosa, que le hacía prolongar sus vigiliass más allá del límite de la prudencia. Pero no quería dejar a ningún alma sin consuelo, ni pasar al lado de ninguna miseria sin aliviar. Olvidando su martirio, quería ir en ayuda de los corazones tristes.

Esta influencia arrasadora, la ha sentido toda aquella alma que ha vivido en la intimidad de Marguerite. En Lourdes, todos los enfermos querían verla, hablarle.

El amor que la consumía explica su desapego. A quienes se extrañaban de su calma, de su sonrisa, de su fuerza de ánimo después de haber pasado algunos momentos preciosos en su habitación con ella. ¡Jesús y las almas! Estas dos palabras explican toda la vida de Marguerite.

Es curioso, decía alguien, *“Marguerite nunca habla de ella, ni de sus sufrimientos. Enseguida, cuando se toca ese tema, ella desvía la conversación y vemos como se ocupa solamente de ti”*.

Nuestra enferma era una contemplativa que sabía encontrar y amar a Jesús en ella y en los demás: este era todo su secreto.

II. Marguerite amó a Jesús vivo en su corazón

“No estoy sola en mi soledad. Por favor no me compadezcáis. ¡Somos dos! Ahí está mi Dios, Jesús está muy cerca”.

“Estamos enfermos, minusválidos, abandonados, despreciados. Según el mundo, somos gente para compadecer. El mundo no juzga como se debe. ¿Os habéis dado cuenta de que

todo lo que hay de bello está muy a menudo escondido, velado, secreto, silencios, despreciado? Mirad a Jesús en el pesebre, en Nazaret, en el calvario, en el altar. Si, el dolor y la minusvalía nos rodean. No podemos pararnos a lo que parece ser. Nuestro corazón es un copón que palpita. Llevamos en nosotros al Buen Dios, ¡Jesús vive en nosotros!”

Dejando de lado todo lo que no era Jesús o por Jesús, con la mirada fija en su destino sobrenatural, ella ordenaba, utilizaba, unificaba su vida en vista de esta suprema y única razón de ser de su existencia: ¡Jesús!

Además cuanto más esta Belleza se revelaba a ella, más se sentía devorada por el deseo de llevar almas a Jesús.

III. Ella amaba a Jesús en la Eucaristía.

La Hostia, para ella, era realmente alguien. Jesús nos impregna hasta lo más profundo de nuestro ser, y Él viene como a embalsamar nuestros cuerpos para el gran día de la Resurrección.

Marguerite no tenía éxtasis de un ardor seráfico. Esas líneas dejan adivinar que algunos días no estaba tan movida por la presencia de la Hostia divina. Pero su coraje estaba bien resguardado. Lo que ella veía en la comunión, no era ella, sino Él, Él únicamente. Ella no sentía nada, quizás. Pero ella sabía darle gusto a Él. A pesar de la aparente frialdad, ella comulgaba. Su corazón de carne no estaba emocionada, pero su voluntad estaba intacta, toda dirigida hacia su Bien Amado. Y eso le bastaba. Ella tenía el verdadero, el único fervor que le parecía deseable.

IV. Ella amó a Jesús en el prójimo

Este Jesús, que Marguerite sabía encontrar en ella y en la Eucaristía, lo había amado también en sus hermanos. Había descubierto la verdadera razón del amor fraterno:

“¡El prójimo esconde a Jesucristo!”. Está en el Tabernáculo: ¡sí! Está en el cielo: ¡sí! Comprendo entonces a Francisco de Asís, bebiendo en el cuenco del pobre del camino: “Bebía la bebida de Jesús”.

Entiendo al Padre Damián, apóstol de los leprosos, dando un día un beso cariñoso a uno de esos desdichados: *“El abrazaba a Jesús”.*

En el querido prójimo, ella servía siempre al buen Maestro.

V. Ella amó a Jesús en el sacerdote

“La oración por los sacerdotes, decía ella, es la oración apostólica por excelencia”.

Recemos por los sacerdotes, decía Teresa de Lisieux. Que nuestra vida sea consagrada para ellos, sus almas deberían ser más transparentes que el cristal. Recemos y suframos por ellos. Tenemos que ser la sal de la tierra. Tenemos que ser sus apóstoles mientras que con sus palabras ellos evangelizan las almas de nuestros hermanos.

SUFRIR

El Dolor, no un dolor vano y sin sentido, sino un dolor aceptado y ofrecido. Un sufrimiento fecundo que se une a Dios para prodigar amor. La gente cuando iba a verla la encontraba siempre en paz, había encontrado el sentido de su enfermedad.

¿Pero sabéis sufrir? Vosotros los enfermos ¿conocéis bien vuestra dignidad? Vuestro escudo de armas es la cruz. ¿Sabéis cómo darle honor? Marguerite será, por supuesto, vuestra entrenadora. Nuestra enferma había leído mucho. En su mesa, sólo se podían ver algunas obras muy serias, obras de base. Y lo que leía, lo asimilaba perfectamente, en prolongadas reflexiones. Así que no te sorprendas por la profundidad de sus ideas.

Realizó un tratado muy hermoso y completo del dolor, con el fin de calmar las quejas de los corazones que buscan un poco de consuelo:

I. Origen del dolor

¿Estáis sufriendo?, escribió a un alma que se quejaba un poco amargamente. “Por favor, sea sumiso y sobre todo no acuse al buen Dios. El sufrimiento no es su obra. Es la obra del hombre y de su pecado” En el orden actual de la Providencia, el dolor no tiene su origen en Dios, que solo puede dar bienaventuranza. El dolor no es el fruto del árbol humano tal y como Dios lo ha plantado. Marguerite no quiere únicamente hacer almas resignadas. A sus hermanos de miseria, ella quiere hacerles cantar el “Magnificat” del dolor que sus labios sabían tan bien modular.

II. Necesidad del sufrimiento

La ley del sacrificio es sin lugar a duda la que está más olvidada en nuestro mundo contemporáneo. Su desconocimiento está en la base de todas las deserciones. El mal tenía que ser muy profundo, para que en Lourdes, María, nuestra buena Mamá del Cielo, viniese, también ella, a sembrar la alarma: “¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!” Marguerite se hace eco de esas voces inoportunas que no se quieren escuchar.

¡Animo!, escribe. La vida, para nosotros los enfermos, ¡es un calvario perpetuo! Pero si queremos triunfar con Jesús, tenemos que empezar a sufrir con Él. Jesús no da nada gratuitamente a nadie de aquello que le ha costado tanto. Por consecuencia, en marcha hacia el Cielo, pero ¡la cruz a la espalda, el cáliz de amargura en los labios, la lanza a menudo en el corazón!

En algunos años todo habrá terminado. ¿Qué quedará de nuestra prueba que ahora encontramos intolerable? *El mérito de haber sufrido bien. Una lágrima bien derramada sobre su crucifijo, un dolor bien soportado, son cosas que el buen Dios inscribe en el libro de recompensas eternas; son riquezas que los ladrones de la tierra no pueden robar y con las cuales nosotros compraremos la felicidad del Paraíso. ¡Qué felices seremos de haber sufrido tanto y tan bien a la hora en la que compareceremos ante el Buen Dios! Nos daremos cuenta entonces que hemos sido ¡los privilegiados de Jesús! ¡Los que nos compadecen ahora, nos envidiarán después!*

III. El hermoso regalo

La cruz, para Marguerite, era el regalo más preciado de Jesús.

Usted pide demasiadas cosas al Maestro Bueno, escribió a un alma que se quejaba de no haber sido oída. Mirad pues todo lo que le han dejado a Él. Le han quitado todo, incluso su pobre túnica cosida por los dedos de su Madre: se la han echado a suerte. Lo han abandonado en la cruz: ella le pertenece. ¡Nadie la quiere! Eso es todo lo que ha tenido finalmente en la tierra. ¿Por qué le pedís otra cosa?”.

La cruz, añade además, es un gran tesoro que Jesús la ofrece muy pesada a sus amigos. ¡Los santos, los verdaderos amigos de Jesús, han sufrido mucho!

IV. La semejanza divina

“El dolor, le gustaba repetir, nos hace parecernos a Jesús”.

Su vida había comenzado en el frío de un establo para terminar en los suplicios de una cruz. Su existencia no fue sino un perpetuo martirio. No hay un sufrimiento que no le sea conocido. No hay una fibra de su corazón que no haya sido tocada. De cualquier extrema región del dolor de la que vengamos, Jesús puede decirnos: “Conozco vuestra enfermedad”. De hecho Él ha experimentado todo, y con esta sensibilidad de las naturalezas exquisitas, en las que todas revisten proporciones inmensas.

“Nuestro sufrimiento es un inefable privilegio. ¡Ah! ¡Si conociésemos el don de Dios! ello nos permitiría decir: “No somos almas cristianas repetidas, sino almas cristianas muy auténticas. No soy yo quien vivo, es Jesús que vive en mí, con sus agonías, sus heridas, sus penas. Sí, sí, somos, nosotros los enfermos, los privilegiados de Jesús”.

V. La gran señal de amor

“¡Amar es sufrir!” Y de hecho, mientras que alguien no se haya sacrificado un poco por nosotros, podemos siempre preguntarnos si somos queridos. Así el modelo del amor ella lo tenía siempre encima de su mesa su crucifijo, y porque Jesús nos quiere infinitamente ha ido hasta la locura del sacrificio.

“Enfermos, tenemos la elocuencia del amor. No son nuestros labios, muy a menudo engañosos, los que pueden testimoniar nuestra caridad a Jesús, sino con la sangre de nuestro sacrificio y los estigmas de nuestras heridas”.

VI. El sufrimiento nos hace crecer

El sufrimiento abre la inteligencia: es la maestra de la verdad.

El sufrimiento la había cogido sobre sus alas y la había llevado lejos de nuestro pobre valle de miseria. Lo sobrenatural desborda. Ella mira un único punto de vista en el cielo, la eternidad, las almas; y en su magnífico vuelo, ella ha arrastrado muchos corazones. “Atraeré todo hacia mí”, había dicho Jesús.

Un alma crucificada y llena del amor de Dios, es un centro alrededor del cual uno se reúne con gusto. Marguerite fue un alma crucificada. Clavada a su cruz de enferma, ella atrajo a los enfermos, almas probadas por el dolor, mártires del cuerpo o mártires de corazón, ¿entendéis la belleza de vuestra dolorosa vocación?

VII. El sufrimiento redentor

La prueba tiene un valor de redención maravilloso. Marguerite ha intentado penetrar con esta doctrina en las almas que se desplegaban, como ella, bajo el peso de la prueba. “No soy buena para nada, absolutamente para nada”, le escribía una enferma. “¡Insensata!, respondía ella. Entonces *¿para qué sirvió que Jesús estuviera en el Calvario? ¿Qué hacía Él colgado, las piernas clavadas e inmóviles como nosotros? Salvaba el mundo. Nosotros somos hostias con Jesús y como Jesús. Con Él, nosotros salvamos almas*”. Sí, realmente la pasión de los crucificados es triunfadora.

El dolor ha sido el triunfo del Maestro. “¡Para poder participar en la salvación de las almas, hay que coger y llevar su cruz!”.

“Jesús ha mendigado nuestro cuerpo y nuestro corazón, a nosotros enfermos, para que, por nosotros, de nuevo ¡Él pueda extenderse sobre la cruz!” “Prolongamos a Jesucristo sufriente. No hay que extrañarse del éxito de las almas que sufren con amor. Son otro Cristo ¡Qué poder!”.

En estas frases Marguerite da toda la razón de la fecundidad de un dolor soportado cristianamente. *Me he convertido en otro Jesucristo por la gracia de mi bautizo. Acostado sobre mi cruz cotidiana, es Jesús que está extendido en mi persona. En consecuencia, mis miembros son los miembros de Jesús, mis lágrimas y mis agonías son las lágrimas y las agonías de Jesús.*

VIII. Unión de Enfermos Misioneros

Marguerite entenderá enseguida que el verdadero apostolado no es el apostolado ruidoso. *“Quisiera volar en ayuda de los pecadores. Siento el deseo de recorrer la tierra y estoy clavada, remachada en mi silla”.*

Fue sin duda esta observación la que hizo germinar en su mente la idea de la Unión de los Enfermos Misioneros. Santa Teresa de Lisieux escribió: *“Quiero ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia”.*

“Nuestra cruz es todo nuestro poder. Enfermos, llevémosla con alegría y plantémosla cerca de la cruz de Jesús. Quedémonos como Él, intercediendo por la salvación del mundo. No perdamos una lágrima: es algo muy precioso”.

“Nuestro lugar, para nosotros los enfermos, está en todos los sitios donde hay que hacer el bien, un alma para convertir y para salvar. No limitemos nuestro campo de apostolado. Debemos ayudar a los sacerdotes y a todos los misioneros, los que están aquí y los que están en el extranjero.

SONREIR

Sonreía, es decir, transmitía alegría como signo de su cambio interior fruto del dejarse transformar por Dios. Las fuentes de su alegría

I. El cielo

El pensamiento de la futura visión de Jesús generaba esta alegría. *“¿Sabíais que todo pasa? El sufrimiento de ayer pasó, el de hoy pasará, ¡el de mañana también! Lo que quedará, es el mérito de haber sufrido bien. Cada vez más nos acercamos a la muerte, es decir ¡del cielo!”*.

“¡Ánimo!, decía aún, ¡ánimo! Cada día avanzamos para ver el Cielo. Llegará un día en el que claridades maravillosas inundarán nuestros espíritus y alegrías insospechadas dilatarán nuestro corazón. Esta hora llegará pronto. La prueba está llegando a su final. Será el esplendor de un día que no tendrá fin: ¡el Cielo!”.

El misterio de la iniquidad se había revelado a Marguerite. La indignaba y esperaba el día en el que vería terminar todas esas iniquidades de la tierra. *“En el cielo mi felicidad será ver que el Buen Maestro está feliz. ¡Ha sido tan desdichado! ¡Está siendo tan ofendido!” “¡Lo veremos triunfante, sin clavos, sin heridas, sin espinas, sin cruz!”*.

II. La santísima Virgen

Saludamos a María como “causa de nuestra alegría”.

Marguerite vivía con el pensamiento en María. El cielo, para ella, era Dios contemplado, Jesús amado, pero en el corazón de la más amorosa de las madres.

Marguerite fue por diez años seguidos a la roca de la Inmaculada. Su gran alegría era la de coger el camino de Lourdes. *¡Solamente me desplazo por la Santísima Virgen! ¡La quiero! ¡Cuánto la quiero!*.

Antes de uno de sus viajes a Lourdes, Marguerite escribió a una amiga: *“¡No pido por mi curación!, ¡Mi vocación, es sufrir!”*.

En Lourdes, la Santísima Virgen se sirvió de nuestros pobres miembros enfermos para hacer escuchar a la muchedumbre el más bonito y útil de los sermones: *¡Hay que sufrir! ¡Penitencia!*

Marguerite era la hermana menor del alma de Bernardette a la que ella quería mucho. Por eso cuando ella entró en las hijas de san Francisco de Sales, quiso llamarse: “Hermana Bernardette de Jesús Crucificado”.

III. La confianza

Marguerite cantaba también el triunfo de la debilidad y de no ser nada, dejándose manejar por la fuerza de lo alto. Le gustaba repetir a menudo las palabras de consuelo de san Pablo: “cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

Bernardette, una pastorcilla, la última de todas. Sólo conocía su dialecto pirenaico. En el camino de la gruta al presbiterio, se había visto obligada a repetir sin parar, para no olvidarlo, las palabras que María le había revelado y que ella no entendía: “Soy la Inmaculada Concepción”. Acababa de hacer su primera Comunión, a los catorce años.

Humanamente Bernardette era una incapaz: “No sabe hacer nada” dirá de ella su superiora ante la comunidad. Y sin embargo, ha sido ella la que ha guiado el mundo entero hacia la bendita gruta. Con Jesús, podemos todo.

Marguerite nos dice después de peregrinar a Lourdes, *“Somos débiles en nuestra miseria de enfermos”* y con Teresa de Lisieux: “¡Cómo mi confianza podría tener límites!”.